

libertad, y si se extiende solamente á la Iglesia ó bien á las personas que la componen. 8ª Si la posesion de las cosas temporales pertenecientes á la Iglesia es de derecho divino. 9ª Si tanto una república como un príncipe libre pueden quedar privados del Estado por motivo de excomunion. 10ª Si un príncipe secular tiene legítimo derecho de recaudar las décimas del clero así como verdadero poder para mandar lo que sea útil á la república, valiéndose de los bienes y de las personas eclesiásticas. 11ª Si un príncipe secular está facultado para juzgar por sí mismo á los eclesiásticos. 12ª De la infalibilidad del pontífice. Todo el mundo adivinará la contestacion que daba á cada una de estas preguntas.

En la contienda habida con Paulo V, el gobierno de Venecia usó de gran rigor contra los que querian obedecer á Roma, lo cual fué bien recibido por los protestantes. El embajador inglés era el centro de los innovadores y estaba apoyado por el célebre Bedell, su capellan, que aun despues de haberse reconciliado con el papa y recibido el perdon, escribia sin embargo á Diodati, *Ecclesie venetæ reformationem brevi speramus*, diciéndole que se fuese allí en donde le esperaban con ansia su embajador y fray Pablo. Diodati informó de esto á Duplèssis Mornay, jefe de los calvinistas franceses, avisándole de que hacía ya dos años se habian puesto en ejecucion sus ideas; que estaba seguro por las cartas que habia recibido que Venecia era un país reformado; que se habian pronunciado libérrimos discursos, particularmente por fray Pablo, fray Fulgencio y Bedell, de tal modo que parecia hallarse en Ginebra; que continuaba el encono contra el papa, y por último, que tres cuartas partes de la nobleza habian llegado á comprender la verdad. Diodati, al llegar á aquella ciudad, se encontró con que el país estaba ménos reformado de lo que esperaba, y sin embargo decia tener grandes esperanzas: que aquellos dos frailes se servirian de cualquiera, y que aun se hallaba demasiado arraigado el respeto á los monjes (1). Por último, dice haber descubierto á fondo el parecer de fray Pablo, y cree no sea necesaria una precisa profesion, porque Dios ve el corazon y las buenas inclinaciones. En realidad, Sarpi no puede llamarse luterano ni calvinista, sino racionalista; continuó siempre diciendo misa, aunque no sé si creía en ella; y el no reconocer otra autoridad que su propia razon, tratando por esta causa de descubrir siempre la verdad sin encontrar nunca descanso, no sería suficiente para confirmar su propension al protestantismo, si no tuviésemos por él mismo pruebas directas (2).

1603.
octa-
bre.

(1) Se copian tales detalles de las citadas Memorias. Véase también *Blicke in die Zustände Venedisch zu Anfang des XVII Jahrhunderts*, en las *Historische politische Blätter für das Katholische Deutschland*. Munich, 1843.

(2) Si no bastase la *Historia*, sus cartas impresas con la fecha de Verona de 1673 dan de ello otras pruebas. En las

De Líquez, compañero de Diodati, decia: « Fray Pablo me asegura que conoce á mas de doce ó quince mil personas del pueblo, que á la primera ocasion se rebelarian contra la Iglesia Romana. Estas personas son las que de padres á hijos adquirieron el verdadero conocimiento de Dios, porque son restos de los antiguos valdenses. Muchos nobles han conocido la novedad, pero no desean ser nombrados hasta que llegue la ocasion oportuna; y una prueba de esto es que fray Pablo, aunque excomulgado, recibió orden del Senado para que siguiese celebrando misa. » Añade, que habiendo los curas exigido de sus penitentes, ántes de absolverlos, la promesa de obedecer al papa en el caso de un nuevo entredicho, el gobierno los arrestó, « et mis en lieu où depuis ne s'en est ouï nouvelles; tellement que, depuis l'accord, ils ont plus fait mourir de prestres et autres ecclesiastiques, qu'ils n'avoient fait en cent ans auparavant (1). »

Las maquinaciones que se tramaban para conmover el país, continuaron siempre con ayuda de fray Pablo que decia: *Materia adest apud multos, sed forma deficit*, y temia que sin guerra difícilmente se concluiría nada. Por esto deseaba que Francia atacase al Milanésado, y entónces irian de los Alpes los hugonotes y los evangélicos alemanes y suizos, y con ellos los predicadores. « Si se hiciese la guerra en Italia, todo sería en favor de la religion, y por eso Roma la teme; caería la Inquisicion y prevalecería el Evangelio (2). »

Á este fin se unieron las personas mas entendidas con los sublevados de los Países Bajos, que enviaron un embajador á Venecia (3), y

cincuenta y tres se lamenta de la muerte de Sully, diciendo que le apreciaba por la constancia que tenia en su religion. Hablando de un tal Marsiglio, probablemente protestante, añade: « Creo que si no fuese por razon de Estado se encontrarían varios que saltarian desde el foso de Roma á la cima de la Reforma; pero unos temen una cosa y otros otra. » Dios, sin embargo, parece no conocer sino la mas minima parte de los pensamientos humanos. Sé que V. me entiende sin pasar mas adelante. Carta 81 del año 1612. De Jacobo I dice: « Si el rey de Inglaterra no fuese doctor, se podría esperar de él alguna cosa buena, y sería un buen principio, porque no puede vencerse á España, si no se quita el pretexto de la Religion, y este no se conseguirá mas que introduciendo á los reformados en Italia, lo cual sería fácil aquí y en Turin si el rey supiese hacerlo. » Carta 88.

(1) *Mem. de Mornay*, X, 142.

(2) Memorias citadas, X, 386, 390, 443, 456, 546; y Courrayeur en la vida de Fray Pablo que precede á su traduccion de la Historia del concilio de Trento, p. 66. Pocos dias ántes del asesinato de Enrique IV, escribia Sarpi: « Nulli dubium quin, sicut Ecclesia verbo formata est, ita verbo rite reformetur. » Attamen, sicuti magni morbi per contrarios curantur, sic in bello spes; nam extremorum morborum extrema remedia. Hoc mihi crede e propinquo res videntur. Non aliunde nostra salus provenire potest. » Ob. de Fray Pablo VI, 79. En la historia secreta de la vida de Sarpi publicada por Zeretti en 1802, hay ciento veinte cartas escritas por aquel á los heterodoxos.

(3) Preguntado por el embajador sobre las cartas de recomendacion, Mornay le escribia el 3 de octubre de 1603 lo siguiente: « Pour adresse, je ne la vous puis donner meilleure qu'au vénérable père Paulo, directeur des meilleurs affaires... » auquel avec le zèle de Dieu, vous trouverez une grande prudence conjointe; mais il faut l'exercer à ce que l'une enfin emporte l'autre. Vous avez aussi le père Fulgencio, qui n'est que feu, prescheur admirable. » Mem. 393.

habiendo sido admitido, mejoró mucho la condicion de los insurgentes.

Los innovadores confiaban en que Enrique IV, con motivo de su enemistad con la casa de Austria, haria alguna revolucion; pero cuando ménos se esperaba, envió al gobierno de Venecia una carta de Diodati, en la que este manifestaba á Durand, obispo de Paris, todo lo que se habia hecho en Venecia, nombrando á los principales de la ciudad como cómplices en la revolucion, y manifestándole que pronto sus esfuerzos y los de fray Fulgencio lograrían el objeto apetecido; y que si el papa se resistía, Venecia se separaría de la Iglesia Católica, lo cual deseaban hacía ya tiempo el dux y algunos otros senadores (1).

El gobierno entónces se vió obligado á fijar su atencion en el asunto; los partidarios del papa se aprovecharon del desaliento de Sarpi, y Mornay le reprendió fuertemente, añadiéndole que con el paso que habia dado, ántes moriria que viese concluida su obra (2).

Tales eran las acciones de Sarpi, pero no creemos que apostató, aun cuando en su correspondencia llame á la Santa Sede *meretriz, bestia y babilónica*. Su historia del concilio de Trento (3) fué sin duda uno de los ataques mas

(1) Este hecho, fuertemente impugnado por Voltaire y por Daru como una traicion indigna de Enrique IV, está confirmado en las Memorias de Mornay.

(2) Carta 6 marzo 1611, Mem. X, 169.

(3) « Mi propósito es el de escribir la historia del concilio de Trento, porque aun cuando muchos historiadores célebres de nuestro siglo han citado en sus escritos algun suceso particular, y el diligente Juan Sleidano ha referido tambien con gran cuidado las causas anteriores, sin embargo, aunque se reniese todo, no sería bastante para hacer una completa narracion.

» Así que empecé á tomar afición á las cosas humanas, me movió una gran curiosidad por conocerlas enteramente, y despues de haber leído con detencion todo lo que hallé escrito, así como los documentos públicos impresos ó manuscritos, me dediqué á buscar en los restos escritos de los preladados y otros que concurrían al concilio las memorias que dejaron, los votos y pareceres manifestados en público, conservados por sus mismos autores ó por otros, y las cartas de aviso escritas en aquella ciudad, no perdonando para conseguirlo trabajo ni diligencia alguna; y he tenido el gusto de ver hasta registros enteros de notas y cartas de personas que tuvieron gran parte en aquellos asuntos. Teniendo, pues, tantos datos reunidos que pueden suministrarme materia abundante para la relacion del progreso, he determinado ponerla por orden.

» Contaré las causas y las maquinaciones de una convocacion eclesiástica, que en el espacio de veintidos años, por medio de diversos fines y empleando varios recursos, fué promovida y solicitada por unos, impedida y dilatada por otros; y que durante otros diez y ocho años estuvo, ya reunida, ya disuelta, y se celebró siempre con diferentes objetos, tomando una forma y produciendo un resultado muy diverso del fin que se proponia el que la promovió y de lo que temian los que con gran empeño la embarzaban. Claro indicio de que debemos poner en Dios nuestros pensamientos, y no fiarnos de la sabiduria humana.

» Sin embargo, este concilio deseado y provocado por los hombres piadosos con el objeto de unir la Iglesia que ya empezaba á dividirse, ha establecido tambien el cisma y enemistado los partidos, poniéndolos en discordia: manejado por los príncipes á fin de arreglar el órden eclesiástico, ha producido la cosa mas deforme que se ha conocido desde que existe el nombre cristiano; y esperado por los obispos para adquirir el poder episcopal del que habia pasado una gran parte á solo el romano pontífice, ha hecho que le pierdan del todo, reduciéndolos á la mayor esclavitud. Por el contrario, temido y rechazado por la corte de Roma, como un medio eficaz para minorar el gran poder de los pequeños príncipes que habia llegado al extremo, le ha establecido y asegurado de tal modo

rudos que recibió entónces la Sede romana, en cuya obra trabajó con gran paciencia, llegando á reunir documentos interesantes y las relaciones que mediaron entre los embajadores de Venecia, disponiéndolas, no con el objeto de hacer palpable la verdad, sino para obtener el fin que se habia propuesto, aun cuando asegura que era para él un deber de conciencia no alterarlos. En un tiempo en que las violentas diatribas eran de moda, conservó una calma aparente, como si solo tratase de hechos y documentos, con lo cual sorprendió á los ignorantes, realzando tambien con su estilo correcto y fácil y con pensamientos elevados aquella materia tan fastidiosa de suyo (1). En ella se aparta enteramente del principio católico, porque desea la interpretacion individual de las Sagradas Escrituras, sin hacer caso de la tradicion, rechaza los libros deutero-canónicos, desprecia la Vulgata y separa de la base patrística la exégesis, del mismo modo que los reformados; en cuanto al pecado original, á la Gracia, á la justificacion y otros dogmas, copia palabra por palabra al teólogo Martin Chemnis, uno de los mas encarnizados contra el concilio. Solo en la Iglesia primitiva es donde pretende hallar el verdadero Cristianismo; por lo que á ella recurre siempre en las cuestiones de creencia y de disciplina, condenando como cosas meramente humanas todas las instituciones que la Iglesia crea en su siempre activa vitalidad. Por esto no es histórica ni eclesiástica su institucion de la jerarquía, de la jurisdiccion espiritual, del primado, de la teología escolástica, del monacato y otras semejantes. La jerarquía no se consolidó sino por ambicion, y á consecuencia de la debilidad é ignorancia de los príncipes, y su influjo no produjo ninguna utilidad á los pueblos, ántes bien les causó opresion y tiranía. El clero no solo ejercia las ciencias, las artes y la humanidad en la edad média, sino que disfrutaba en beneficio propio de los productos de los colegios y de las escuelas.

Por último, Sarpi, aun cuando no abrazó un símbolo protestante, se opuso, sin embargo, al dogma católico, y estableció una regla que debia conducir á la herejía y al racionalismo. Propio de él era querer que la Iglesia se hallase sometida á la direccion territorial, lo cual ejecutó tomando por modelo á los primeros tiempos, en los que las relaciones entre la Iglesia y el Estado, ya pagano ó judaico, debían ciertamente ser muy distintas de cuando adquirió completo desarrollo. Por tanto, anticipó aquellas ideas

sobre la parte que le estaba cometida, que nunca ha habido otro tan grande ni tan bien arraigado. No será inconveniente por esto llamarle la *Iliada de nuestro siglo*. » Sarpi. Véase la nota P.

(1) Botta, que la copia sin embargo á mansalva, segun acostumbra, y á quien agrada mucho injuriar, se vió precisado á confesar « que el ódio acerbo que fray Pablo profesaba á la corte de Roma, le hacia incurrir algunas veces en ideas erróneas y en una excesiva acritud. » Lib. XVI.

Fray Pablo fué defendido en la *Justification de fra Paolo Sarpi, ou lettres d'un prêtre italien à un magistrat français*, etc., Paris, 1811, que son del Genovés Eustaquio Degola,

que en el siglo anterior llegaron á su apogeo, relativas á la independencia de los príncipes de toda autoridad eclesiástica, las cuales manifestó Febronio y ejecutó José II; por cuyo motivo dijo Ranke que los príncipes deben estar muy agradecidos á Sarpi, porque consolidó su poder absoluto, y mucho mas los enemigos del Catolicismo, á quienes dió unas armas tanto mas perjudiciales cuanto que fueron suministradas por un Católico. Como representante y tipo del partido antieclesiástico, venció todos los obstáculos que se opusieron á la realizacion de su pensamiento, si no por odio, á lo ménos por sistema y por el capricho de escribir una obra de forma católica, en que cada línea fuese un dardo envenenado contra la Iglesia Católica, sacando de tal principio todas las consecuencias, y formando la primera historia escrita con ánimo expreso de denigrar, aplicada á todos los hechos que el escritor no examina, pero que reune. De este ejemplo puede deducirse tambien cuán unidos están siempre el dogma y la Iglesia, y cuanto se engañan aquellos que combatiéndola con violencia declaran que no tiene relacion con aquel.

Por lo demas, nos le pintan como hombre de gran integridad, muy dedicado al estudio y á la investigacion de todo lo que podia convenirle para pensar despues por sí mismo. Habiendo sido cinco veces acometido y aun herido por los asesinos, exclamó: *Conozco el estilo de la curia romana*; cuya palabra llegó á ser de moda, prevaleciendo la opinion vulgar de que el golpe habia provenido de los Jesuitas.

Pallavicino.
1607-67.

Roma, sin embargo, trataba de rechazar sus ataques de una manera distinta, y encargó la formacion de otra historia del mismo concilio al cardenal jesuita Pallavicino Esforcia. Este fué uno de los mejores autores en aquel estilo amenerado que entónces se introdujo, y mas elegante y estudiado que se habia usado hasta entónces. Dista mucho, no obstante, de la vivacidad de Sarpi, y tiene naturalmente la desventaja de quien se ve obligado á defenderse y á rechazar á cada momento la opinion ajena. Donde Sarpi es sutil, maligno y feliz por su gracia en la exposicion, aunque incorrecto en el lenguaje, es Pallavicino ingenioso; pero como emplea excesiva arte y procura formar giros armoniosos, ahoga los pensamientos en las frases y se hace oscuro; ni uno ni otro son imparciales: aquel queriendo denigrarlo todo, este defendiéndolo todo.

Sarpi se valió de los historiadores precedentes, como Jove, Guicciardini, Thano, Adriani y principalmente de Sleidan, á quien tradujo á cada paso, pero los completó con relaciones originales, introduciendo observaciones propias: su continua viveza hizo desaparecer el fastidio tan comun en los otros, y ocultó sus ignorancias y condiciones: adaptó nuevos documentos á su sistemática oposicion y á los intereses políticos de su país, mofándose continuamente de la corte romana y de sus pretensiones, sin consi-

derar que eran la expresion del renacimiento religioso iniciado entónces. Pallavicino retrocedió á los principios de la Reforma, tratando de consultar los archivos mas ricos, es decir, los romanos, y (lo que no hace Sarpi) indicó la naturaleza de los documentos y sus títulos, presentando despues un catálogo de los *errores de hecho* que cometió Sarpi hasta el número de trescientos sesenta y uno, ademas de otros muchos (dice él) impugnados por grandes talentos. El protestante Ranke, que confrontó las aserciones de aquel con los documentos en que se apoya, halla los extractos hechos con escrupulosa exactitud, y aunque algunas veces se engañó, como sucede en la polémica, quiso disculparlo todo y debilitar lo que no podia negar, desvirtuando al efecto objeciones y documentos. De todos modos es mas instructivo que Sarpi, si bien este es leído con mas gusto, como sucede generalmente con los escritores que critican; pero es en extremo triste para los que tratan de averiguar la verdad verse obligados á recurrir á dos fuentes, ambas sospechosas de parcialidad.

Marco Antonio de Dóminis, natural de Dalmacia, jesuita hacia ya veinte años y célebre profesor en Padua de elocuencia, filosofia y matemáticas, fué nombrado por Rodulfo II obispo de Segna en Dalmacia, en cuyo punto sufrió tan crueles desgracias, que pidió y obtuvo el arzobispado de Spalatro. Su vivacidad le acarreaaba contiendas por todas partes: escribió en defensa de los Venecianos contra Paulo V; y habiendo sido reprobadas sus obras por la Inquisicion romana, se fué á Inglaterra, diciendo que queria emplear cuantos medios estuviesen á su alcance para reunir las sectas cristianas que se hallaban en divergencia; pero en realidad buscaba la libertad de los estudios y de la profesion. Publicó la historia de Sarpi con prólogos y notas que la envenenaban mas, y tuvo favorable acogida de Jacobo I Estuardo, rey teólogo. Lleno, sin embargo, de remordimientos ó por efecto de su natural ligereza, subió un dia al púlpito á desdecirse, con lo cual perdió todo su crédito. Gregorio XV, discípulo suyo en otro tiempo, le invitó á que volviera, lo cual efectuó abjurando de sus ideas en el consistorio de los cardenales á fin de recobrar el arzobispado. El rigoroso Urbano VIII, que fué elevado despues á pontífice, hizo que le encerrasen en el castillo de Sant' Angelo por inconstante y reincidente, en donde murió durante el curso del proceso, siendo quemado su cuerpo juntamente con su tratado *De la república eclesiástica*, en el que impugna la primacia del papa y la autoridad de los concilios en materia de fe.

Ya hemos observado cómo por oponerse á la invasion de las nuevas creencias, habia cesado en Italia aquella tolerancia que existia al principio. Hemos indicado tambien que Paulo IV dió á la Inquisicion un rigor inusitado, la cual si al principio dependia en cada país solo del obispo, entónces se habia confiado á la congre-

gacion del Santo Oficio, que tenia derecho para juzgar en cuestion de herejías en uno y otro lado de los Alpes. Causa sentimiento el saber que se habia determinado nombrar legos en aquel tribunal, porque la herejía habia corrompido no solo á los obispos y religiosos, sino hasta algunos inquisidores (1). Entónces fué disuelta la Academia de Módena, huyendo muchos de sus miembros: tambien huyeron muchos Ferrareses, entre los cuales se hallaba Olimpia Morata; y hasta la duquesa tuvo que cesar en las relaciones que mantenía con sus correligionarios y marcharse despues á Francia.

Los reformadores que nos conservaron en nombre de sus *mártires*, describen los crueles castigos que sufrieron Fannio de Faenza, Domingo Cabianca de Bassano, fray Juan Mollio, profesor de Bolonia, Pomponio Algieri de Nola, Francisco Gamba de Como, Godofredo Varagha, capuchino piamontes, y Luis Pascual de Cuneo. Los príncipes secundaron á la Inquisicion, y habiendo ocupado la silla pontificia el gran duque Cosme, se celebró en Florencia un auto de fe, es decir, una procesion á la que precedía un estandarte con la cruz en campo negro entre la espada y el ramo de olivo, y con el lema *Exurge, Domine, judica causam tuam*: detras iban veintidos personas, y al frente de ellas Bartolomé Panciatichi, que se hallaba entónces de embajador del gran duque en la corte de Francia, todos vestidos con sacos y sambenitos llenos de cruces; y conducidos que fueron á la metropolitana, obtuvieron la absolucion, mientras que sus libros se quemaban en la plaza. Algunas señoras que se habian hecho sospechosas de profesar nuevos pensamientos, sufrían privadamente en San Simon la misma ceremonia.

A pesar de esto, el gran duque no aceptó el decreto que habia expedido Paulo IV acerca de los libros prohibidos, á no ser contrarios á la religion ó tratar de magia y astrología judiciaria, de los cuales se quemó un gran monton el 3 de marzo de 1559 delante de las iglesias de San Juan y Santa Cruz. Luis Dominichi fué condenado á retractarse con el libro colgado al cuello y á diez años de prision, por haber traducido y publicado con fecha falsa la *Nicomedianna* de Calvino.

Cosme, al tomar á Siena, no quiso dar oídos á las insinuaciones que le hacían en contra de los socinianos, heresiarcas de aquella ciudad, pero despues empezaron las persecuciones, y fueron presos varios jóvenes alemanes que permanecían allí para continuar sus estudios, y algunas hechiceras, cinco de las cuales fueron quemadas en 1569. Antonio Paleario de Veroli, maestro en dicho punto, habia adquirido las ideas de los socinianos y de Ochino, difundiéndolas en Colle y San Geminiano, desde donde habiendo sido perseguido, pasó á Luca y despues á Milan, no impidiéndole la persecucion ser nombrado profesor de aquella ciudad. Era escritor elegante,

(1) Bernini. *Storia di tutte le eresie*, sec XVI, c. 7.

autor de obras teológicas y defensor de Ochino; y Felipe II hizo que le prendiesen y entregasen en 1570 á la Inquisicion romana, la cual despues de tres años de prision le condenó á ser degollado y quemado á la edad de setenta años.

Ocurrió entónces que Torrentino, alabado por sus claras ediciones, se trasladó desde la Toscana al ducado de Saboya, y los Giunti á Venecia, en donde la libertad hizo prosperar á la tipografía. Pedro Carneseccchi, noble Florentino, favorecido por los Médicis en su patria, en Francia y en Roma, hubo de conocer en Nápoles á Pedro Valdes, á Ochino, á Vermiglio y á Caracci, despues en Viterbo al obispo Victor Soranzo, á Pedro Pablo Vergerio, Lactanzio, Ragoni de Siena, Luis Priuli, Apolonia Merenda, Baltasar Altieri y Mino Celsi, y con ellos adquirió las nuevas opiniones, sosteniéndolas con su crédito y dinero. Victoria Colonna, Margarita de Saboya, Renata de Francia y Lavinia de la Rovere Orsini se hicieron amigas suyas; trató en Francia con Melanchton, y al volver no interrumpió la correspondencia con los herejes. Paulo IV le llamó por tanto á su presencia, y no habiendo comparecido le excomulgó: mas como á pesar de esto continuase sin disimulo inclinándose en favor de los novadores, Pio IV obtuvo de Cosme el que se le entregase. Se defendió tan bien de los cargos que se le hicieron, que fué absuelto libremente: sin embargo, no quiso desistir de su empeño y continuó ayudando con dinero á Pedro Leon Marioni y á Pedro Gelido de San Miniato, que se hallaban refugiados en Ginebra, sin que esto fuese obstáculo para entibiar la amistad de Cosme. Este, no obstante, á petición del papa, le puso á disposicion de la Inquisicion, donde confeso y convicto fué degradado, y por su tenacidad en no querer convertirse, decapitado y quemado en 1567.

Entretanto en Toscana se aumentaba el número de los familiares del Santo Oficio, los cuales se distinguían con una cruz roja y no estaban sujetos al poder secular. El gran duque temió que por este medio se ocultasen muchos de los que odiaban su ingrata dominacion, y no pudo contener á los inquisidores que en Siena y en Pisa usaban de gran rigor contra cualquiera que comia de carne ó profería palabras sospechosas, sin perdonar tampoco las imprudencias de los estudiantes.

Mientras que el temor de que la crítica volviese sus tiros de las cosas sagradas á las políticas hacia mas rigurosos á los gobiernos monárquicos, la independiente Luca permaneció tranquila, y ántes por el contrario dejó que se desarrollara el germen de las novedades. Muchos, pues, se afiliaron á ellas, y Pedro Mártir Vermiglio haciendo á sus hermanos de Luca la apología de su propia fuga (1556), se congratulaba de que allí aumentarían los creyentes. Tal vez exageraban su número tanto Roma por el deseo de establecer en aquella ciudad la Inquisicion, como el señor de Florencia por tomar

Carneseccchi

Los reformados en Luca.

un pretexto de ella para usurparla, con lo cual Luca conjuró el peligro prohibiendo se hablase de cosas teológicas (1) bajo las penas mas severas, así como que se tuviesen ó leyesen libros prohibidos, y se comunicase con ningún hereje, « especialmente con fray Bernardino Ochino y Don Pedro Mártir. »

Las nuevas instancias de la Inquisición romana, la cual nombró comisario al vicario episcopal, no produjeron sino nuevas órdenes y protestas de fe, de tal suerte que este tribunal inquisitorial fué abolido, sin que llegase á romper la pequeña república. Sin embargo, en 1555 muchos quizá, porque temian ver cumplidas las penas que hasta entonces no habian sido mas que amenazas, salieron de la ciudad, entre ellos Felipe Rústici, que tradujo la Biblia en Ginebra, Jacobo Spiafame, obispo de Nevers, Pedro Perna, que puso una imprenta en Basilea, multiplicando ediciones, y principalmente las de los reformadores, teniendo de corrector á Mino Gelsi, natural de Siena, que defendía las mismas ideas; el médico Simon Simoni, á quien prendieron dos veces los teólogos ginebrinos, y familias enteras, como los Liena, Jova, Trenta, Bulbani, Calandrini, Minutoli, Buonvisi, Durmalachi, Diodati, Sbarra, Saladini y Cenami, las cuales produjeron despues personajes ilustres (2). Pio IV temió que corrompiesen el país las muchas personas de Luca que iban á Suiza, á Francia y á otros países herejes, y el Senado expidió otro bando por el que se prohibía á los de Luca que habitasen en aquellos países: muchos de los que fueron desterrados por herejes se hallaban tal vez en Italia, España, Francia, Flándes y Brabante: « cualquiera que los mate, decia el bando, recibirá por cada uno de ellos 300 escudos de oro, que le serán satisfechos del gran Comun (3). » Bando que mereció al Comun las alabanzas de Pio y de San Carlos, y queremos creer que no produjo ningún asesinato.

Los tiranos son enemigos de las violencias que otros cometen. Venecia rechazó siempre la Inquisición religiosa, porque tenia la civil, la

(1) « Pues que se sospecha que puedan hallarse en nuestra ciudad de Luca y su dominio algunos temerarios, tanto de uno como de otro sexo, los cuales, á pesar de no tener ningún conocimiento de las Sagradas Escrituras ni de los cánones, se atreven á hablar de las cosas pertenecientes á la religion cristiana y tratar de ella tan libremente como si fuesen grandes teólogos, etc., etc. » Bando de 12 de mayo de 1545.

(2) Como son Juan Diodati, Carlos y Alejandro; Federico Burlamachi y el célebre Juan Jacobo; Juan Luis Calandrini; Benedicto, Francisco, Miguel, Juan Alfonso, Samuel Turretini, Vicente Minutoli, Jacobo, Bartolomé y Francisco Graziano Nichelli; y Juan Luis Saladini.

(3) Bando de 9 de enero de 1562. Se halla impreso en la historia de Mazzarosa. En 1562 se lamentaba de que muchos herejes permaneciesen todavia en aquella ciudad, mantuviesen relaciones con los que habian huido y recibiesen obras protestantes. Se recuerda aun al Florentino Miguel Ángel, de la orden de los Predicadores, el cual en 1530 tomó el partido de la nueva Iglesia y quedó como predicador en Soglio en los Grisones, publicando una apología en que se trata de la verdadera y falsa Iglesia, de la condicion y cualidad de la misma, de la verdadera presencia de Cristo en el sacramento de la comunión, del papado, de la primacía de San Pedro y de los concilios y su autoridad.

cual estaba destinada á aprobar los libros que se imprimian, á vigilar á los herejes y á castigar al que celebrase misa sin estar ordenado, así como á los blasfemos; pero los inquisidores del Estado ejercian su cargo mucho peor que los religiosos. Consintió tambien á los Judíos y á los Griegos que practicasen sus ritos, y que los bienes de los condenados pudiesen pasar á los herederos legítimos. En Vicenza se habia establecido una Iglesia donde acaso se enseñaban los dogmas antitrinitarios, lamentándose el papa de que el jefe y el baíllo permitiesen predicar en ella tan libremente el error (1); por cuyo motivo el gobierno expidió órdenes muy severas, y empezó á imponer castigos. Julio Ghirlanda de Treviso y Francisco de Róvigo fueron conducidos á Venecia y degollados al punto, así como Antonio Ricetto, Vicentino, Francisco Espinola, cura milanés, y fray Baldo Lupetino; los restantes, aprovechándose de aquel, aviso, huyeron, y entre ellos Alejandro Trissino, que en union de otros se detuvo en Chiavenna, desde cuyo punto escribió á su paisano Leonardo Tiene, excitándole para que se adhiciese de una vez á la Reforma juntamente con toda la ciudad.

Cirilo Lúcar, natural de Candia, dominio de Venecia, que habiendo tenido noticia de la Reforma en Italia y despues en Alemania, guardó sobre ello gran reserva, hasta que llegó á ser patriarca de Alejandría y luego de Constantino-pla, empezó á enseñar las nuevas doctrinas, pero los obispos y los curas que lo advirtieron le hicieron desterrar á Ródas. Repuesto nuevamente con el apoyo de Inglaterra y de Holanda, publicó un catecismo calvinista excitando con él grandes turbulencias, hasta que la Puerta le hizo extrangular; varios concilios le excomulgaron como asimismo sus obras.

Anemundo de Coet, caballero del Delfinado, uno de los prosélitos mas ardientes de la nueva fe, exhortaba á Lutero á que escribiese á Carlos, duque de Saboya, con el fin de obligarle á aceptar la Reforma. « Es muy propenso á la piedad y á la verdadera religion (2), decia, y » desea tratar sobre la Reforma con personas » de su corte. Su divisa así como la vuestra es: » *Nihil deest timentibus Deum*. Aunque sometido por el imperio y por la Francia, hallaria » medio de adquirir gran influencia en Suiza, » Saboya y Francia. » Lutero le escribió en efecto, pero no parece que obtuvo ningún resultado.

Los valdenses, resto de aquellos que en el siglo XIII se dedicaron á pensar bajo la direccion de los ancianos, llamados *barbas*, esto es, tios, que despues se llamaron *Barbetti*, habitaban en los Alpes que separan el Delfinado del Piamonte en Pinerolo. Irritados contra Roma y contra sus ritos, á los cuales llamaban idola-

(1) RAYNALD, *ad an.* 1546.

(2) « Ein grosser Liebhaber der wahren Religion und Gottseligkeit. » LUTERO, Ep. 401.

tria, pretendian haber conservado la pureza de la predicacion evangélica. Carlos VIII determinó perseguirlos, é Inocencio VIII (1487) fué exhortado á tomar las armas contra estos *aspides venenosos*; pero al llegar un ejército que conducía el legado, desistieron algunos de su empeño, y otros se metieron en las montañas mas inaccesibles. Luis XII despues que mandó á informarse de ellos, exclamó: *Son mejores Cristianos que nosotros*. Luego que llegaron á tener noticia de la Reforma, escribieron á los jefes de esta manifestándoles de la manera que usaban la confesion auricular, que sus ministros permanecian solteros, y que algunas doncellas hacian voto perpétuo de castidad. Á los que sostenian que las doctrinas reformadas eran tan antiguas como el Cristianismo, les desagradaba observar lo discordes que estaban aquellos supuestos contemporáneos de los apóstoles sobre unos puntos tan debatidos, y especialmente que se escandalizasen del libro que escribió Lutero contra el libre albedrío.

Los calvinistas pretendieron hallar en ellos mayor conformidad, y les indujeron á que publicasen su profesion de fe. Aquello fué sacarles de su pacífica oscuridad, y los parlamentos de Aix y de Turin les aplicaron las leyes contra los herejes, la hoguera y la marca: despues se ordenó su exterminio, y que perdiesen sus hijos sus bienes y su libertad, porque maltrataban á los frailes que se enviaban para convertirlos. Sadoletto, obispo de Carpéntras, se opuso fuertemente á aquella determinacion, y el rey Francisco, viéndolos tan pacíficos y que contribuían al Estado, les concedió tres meses de término para reconciliarse con la Iglesia; pero Juan Meinier, baron de Appede, presidente del parlamento, le indujo á que se ejecutara su edicto. Entónces una soldadesca furibunda empezó á hacer en ellos una horrorosa mortandad: cuatro mil fueron muertos, ochocientos enviados á galeras y destruidas veintidos poblaciones. La magnánima nacion francesa se indignó por semejante atentado, y el rey al morir encargaba á su hijo que castigase á los autores de aquel delito; pero validos del favor, quedaron impunes con gran disgusto de los protestantes que se lo recordaron varias veces.

Como los valdenses hubiesen recobrado gran ánimo con el aumento de sus hermanos en Suiza y Francia, se envió al inquisidor Tomas Giacomelli para que pidiese al duque Manuel Filiberto que les obligase á la obediencia de la Iglesia. Este prohibió con graves castigos el ejercicio del culto y los sermones de los barbas, los cuales irritados con semejante disposicion, se sublevaron, y el duque, tanto por respeto á la religion de sus mayores como por el miedo de que los Franceses acudiesen en gran número al socorro de sus correligionarios y pusiesen en peligro la independencia nacional, mandó fuerzas á aquel punto, las cuales ocasionaron y sufrieron graves pérdidas por haber tenido que hacer la guerra en la mon-

taña. Por último, viendo la dificultad del éxito y la inoportunidad de los medios que se emplearon, perdonó á los valdenses, y les permitió que tuviesen reuniones y que predicasen en lugares determinados, pero sin que saliesen de sus límites, y sin excluir tampoco los ritos de los Católicos (S).

Ya en 1370 se habian reunido en Calabria algunos valdenses de los valles del Piamonte, dedicándose á labrar los terrenos incultos, que consiguieron hacer muy poblados y fértiles. Hasta cuatro mil llegó á aumentarse su número en dicho punto, y todos ejercian sus ritos religiosos de otra manera que los Católicos, lo cual les permitian los señores de las ciudades porque eran gentes pacíficas y contribuían al Estado. Habiendo sabido la Reforma que se hizo en Alemania, enviaron á Ginebra á pedir doctores, los cuales vinieron en efecto, é hicieron muchos prosélitos. El cardenal Alejandro, inquisidor entónces de Roma, envió predicadores amenazándolos, pero sin conseguir resultado, por cuya causa hubo que recurrir al poder secular. El virey duque de Alcalá mandó un juez y muchos soldados, los cuales secundando á los misioneros obligaban á oír misa y castigaban á los desobedientes en sus bienes y en su persona. Los valdenses, llevados de su desesperacion, tomaron las armas y pelearon al principio en desorden, pero despues dieron formales batallas: derrotados por fin, tuvieron que acogerse á la guardia lombarda, en donde presos á la fuerza y por traicion, fueron entregados á jueces en extremo crueles, siendo condenados á muerte producida por castigos atroces los que permanecian obstinados. Se dice que ejecutaron á seiscientos; y cuentan que el verdugo en un solo dia mató ochenta y ocho, poniéndose el cuchillo en la boca mientras que muerto uno, colocaba al otro un velo en la cabeza. Luis Pascual, que era su jefe, fué quemado en Roma, y otros enviados á las galeras españolas (1).

(1) Las siguientes cartas se hallan en el archivo de la casa de Médicis (*Correspondencia de Nápoles a. d.*) y se atribuyen á un anónimo, que siguió á Ascanio Caracciolo en su expedicion contra los reformados de Calabria.

« Se sabe que el señor Ascanio por orden del señor virey ha tenido que salir en posta el 29 del pasado para Calabria, con el objeto de estar al cuidado de las dos ciudades de los luteranos San Sixto y Guardia que se habian lanzado al campo. Dicho señor Ascanio, ántes de este suceso encontró en Coenza al señor marques de Buccianico, su cuñado, el cual estaba dispuesto con mas de seiscientos infantes y cien caballos para volver á salir de nuevo á campaña, á fin de perseguir y prender á aquellas malas gentes. Habiendo salido tambien el 3, despues que volvió de la Guardia, y llegado que hubo aquí, nombró comisarios y envió delegados con gente armada por las tierras circunvecinas para prender á los luteranos. Se ha empleado en persecucion de estos tal actividad que una parte ha sido cogida en el campo, y pasan de mil cuatrocientos entre hombres y mujeres los que han venido á presentarse: hoy que es el dia del Señor, ha mandado reunir á todos y conducirlos prisioneros á Monte Alto, en donde al presente se hallan: en verdad que da compasion oírles quejarse, llorar y pedir perdon, diciendo que han sido engañados por el diablo, y profiriendo otras muchas palabras dignas de lástima. A pesar de esto el señor marques y el señor Ascanio ántes de salir de la Guardia han hecho prender fuego á todas las casas, y anteriormente habian mandado destruir aquella poblacion y cortar las viñas. Ahora falta ejecutar el castigo, que segun han convenido estos señores en union con los oidores y